

Tierra Corrompida

Daniel Orbes



En la noche de aquel invierno de 1995, cuando Víctor Salazar recibió la llamada de su viejo amigo y colega, el comisario Guillermo Fuentes, sobre una duda imposible de resolver en un caso de homicidio múltiple que había conmocionado al tranquilo pueblo de Esquel, no dudó en abordar su elegante Ford Falcon y emprender al día siguiente el viaje hacia la comisaría del pueblo, por la ruta 259. Al escuchar la voz incrédula y algo inquieta de su colega, quedó claro que el caso estaba envuelto en un aura enigmática y misteriosa. El simple hecho de haberlo consultado evidenciaba la necesidad de una mano experta en la materia.

La muerte había acompañado fielmente a Salazar a lo largo de su extensa carrera como investigador y sicario. En su rubro, era uno de los mejores, y sus servicios eran solicitados principalmente por miembros del gobierno, jueces y poderosos individuos con gran influencia económica, aquellos que deseaban deshacerse de alguien que amenazara sus intereses. A cambio, gozaba de una excelente remuneración e inmunidad ante la ley.

La cantidad de muertes que se le atribuyen —realizando asesinatos por encargo, siempre ejecutados con meticulosidad y una maestría absoluta en el uso de todo tipo de armamento, incluso en combate cuerpo a cuerpo— le hizo perder la cuenta en el '76, a los 30 años. A la fecha, la última muerte que se le adjudica ocurrió pocos días antes de cumplir los 49, cuando finiquitó a Carlos Herbert, un miembro peligroso del Partido Justicialista, específicamente del sector liberal-conservador de centroderecha. Herbert había estado amenazando con sacar a la luz ciertos hechos de corrupción del gobierno actual, con el objetivo de ganar las elecciones presidenciales.

La meticulosidad y la maestría, acompañadas de un carácter frío y calculador, junto a una postura neutral ante la eliminación de un objetivo, daban la impresión de que, efectivamente, había nacido para ello. De hecho, su dedicación, empeño y la vasta experiencia adquirida en su oscuro oficio se reflejaban en su rostro serio, pálido y prolijamente afeitado; en la mirada gélida de sus ojos, tan oscuros como la noche; y en su cabello canoso, siempre perfectamente peinado hacia atrás. Su porte quedaba enmarcado por su habitual vestimenta: traje oscuro y elegante, zapatos bien lustrados y guantes de cuero negro en aquellos días de invierno.

Luego de aproximadamente una hora y media de viaje, tras estacionar su Falcon, descender e ingresar a la comisaría, su reputación se hizo notar entre quienes lo conocían: admirado por pocos, odiado por muchos y temido por la mayoría. Para aquellos a quienes les resultaba un completo desconocido, casi siempre despertaba la última reacción, pues su sola apariencia y mirada eran suficientes para infundir temor e inquietud.

La oficina de comisaría era un espacio modesto, iluminado por la fría luz de un tubo fluorescente amurado al techo de cielo raso marrón oscuro y por la claridad difusa del día nublado, que se filtraba a través de las persianas abiertas de la única ventana en el lateral oeste. Desde allí, se apreciaba una vista serena de los majestuosos cerros y montañas en la distancia. Archiveros repletos de expedientes se alineaban contra las paredes, acompañados de equipos de comunicación obsoletos, aunque aún funcionales.

Detrás del escritorio, un cuadro de marco dorado colgaba en la pared, retratando con la solemnidad de un óleo antiguo al General San Martín. A su derecha, un pequeño mástil sostenía la bandera argentina, cuya tela permanecía impecable, evidencia de un meticuloso cuidado.

Sentado detrás del escritorio, el comisario Guillermo Fuentes, de 36 años, exhibía en su rostro endurecido y su complexión atlética la huella de los años de servicio en el GEOP (Grupo Especial de Operaciones Policiales). Sus gestos precisos y su porte disciplinado evidenciaban la rigurosa formación que había recibido. Fue un miembro destacado de aquella división, habituado a misiones de alto riesgo —tomas de rehenes, allanamientos— que siempre ejecutaba con éxito. Sin embargo, un acto de insubordinación bastó para que el peso del exilio recayera sobre sus hombros, relegándolo a la tranquila comisaría de Esquel.

Frente a él, sentado en una silla de respaldo bajo, estaba el sargento primero Báez. A sus 43 años, era un hombre robusto, de complexión fornida, con un espeso bigote que le confería un aire hosco. Una cicatriz le surcaba la mejilla izquierda, testimonio imborrable de un impacto de calibre 7,62 durante la Batalla de Pradera del Ganso. Su pasado en el 2.º Batallón de Infantería de Marina durante la Guerra de Malvinas hablaba por sí solo. Había sido condecorado, pero los honores no llenaron el vacío que la guerra dejó en él. Sin más alternativas tras el conflicto, ingresó a la policía, arrastrando consigo las sombras del combate.

— ¿Y bien? —inquirió Fuentes, sin levantar la vista del informe que sostenía entre las manos—. ¿Soltó algo este tipo, o no?

—Nada —respondió Báez, con voz grave y ronca—. Ha permanecido ahí, sentado, sin hablar, sin moverse, y aparentemente... sin dormir. —Hizo una pausa y añadió en un tono más bajo—: Mire, comisario, yo diría que deberíamos aplicar otro tipo de método.

Fuentes cerró el informe y lo dejó sobre el escritorio. Se inclinó hacia adelante, entrelazando los dedos frente a su boca.

—Sí, lo he pensado... pero viste cómo es Dorrego. Tiene esa política de mierda de "no tocar al reo". Todo para cuidar su jefatura, que encima la ejerce para el ojete.

—Sí, bue, pero este tipo... Metzler, mató a una familia entera. ¿Qué contemplación tendríamos que tener con una lacra como esa? Había pibes de dos y cinco años ahí. Hasta una criatura de apenas dos meses.

—Tengo que lidiar exactamente con la misma indignación, Báez. Pero lamentablemente, no soy el jefe de esta comisaría. Si lo fuera, las cosas serían totalmente distintas —Hizo una pausa—. Ahora, el homicidio... es tan raro como el tipo en sí mismo.

Un golpe seco en la puerta interrumpió la conversación. Fuentes enderezó la espalda y proyectó la voz con firmeza:

—Adelante.

La puerta se abrió con un chirrido, revelando a Salazar, cuya silueta recortada contra la luz del pasillo pareció momentáneamente más oscura de lo que real mente era. Fuentes le dedicó una sonrisa ladeada.

—Llegaste en el momento justo, Víctor.

Salazar cruzó el umbral con paso medido y miró a cada uno sin prisa antes de hablar:

—Okey. Veamos qué es lo que tenemos.

Báez se levantó de su asiento y le ofreció la silla con un ademán respetuoso.

—Tranquilo, tranquilo, sargento. No hace falta —respondió Salazar con un leve movimiento de cabeza.

—Pero por favor, detective —insistió Báez—. Adelante. Yo ya me retiraba.

Se giró hacia Fuentes y se cuadró ligeramente.

—Me voy a hacer mi ronda.

Fuentes asintió en silencio, y Báez salió de la oficina. Salazar tomó asiento.

—Mirá, Víctor —comenzó Fuentes—. Te llamé porque creo que sos la única persona que puede ayudar me a resolver esto. —Abrió el cajón de su escritorio y extrajo una serie de archivos. Los sacó con cuidado, los deslizó hacia Salazar y, sin mirarlo directamente, añadió—: Empecemos por el primer enigma. Los de las fotos son los Threiser. El padre era banquero y su mujer, ama de casa. Eso es todo lo que tenemos de ellos hasta ahora.

Salazar tomó los documentos y abrió la carpeta con serenidad. Los primeros archivos que encontró fueron fotografías de la familia Threiser: el padre, un hombre alto de entre 40 y 45 años; la madre, de aspecto pulcro, de unos 25 a 30 años; y sus tres hijos. Las niñas, de tres y cinco años; el niño, un bebé de dos meses.

Sin embargo, las cinco víctimas coincidían en un mismo detalle: todas, sin excepción, se encontraban en posturas antinaturalmente contorsionadas. Las extremidades, torcidas en ángulos contrarios al curso natural de las articulaciones; los cuerpos, doblados hacia atrás de forma grotesca. Sus rostros, desfigurados por un terror sobrehumano, exhibían un pavor indescriptible en la boca abierta y dislocada en un grito mudo, mientras sus ojos, completamente blancos, se perdían hacia atrás.

Salazar continuó analizando las fotografías con calma, buscando algún detalle que pudiera explicar la terrorífica escena, pero solo encontró una casa en perfecto orden, sin señales de violencia física ni nada que sugiriera alteraciones.

— ¿Y bien? ¿Qué opinás? —preguntó Fuentes.

Salazar dejó las fotografías sobre la mesa, su mirada se tornó aún más seria antes de responder.

—Sus caras y sus cuerpos no hablan de una muerte causada por arma, asfixia o veneno. Tampoco hay sangre... nada. —Hizo una pausa y miró fijamente a Fuentes—. Lo que sea que los haya matado, usó un método... poco convencional. Y mostró su cara antes de terminar su trabajo.

Fuentes parpadeó, desconcertado, mientras su mano derecha se cerraba involuntariamente sobre el borde de la mesa, apretando con tensión los dedos.

— ¿Qué significa eso, Víctor? —preguntó, visiblemente inquieto.

Salazar mantuvo la mirada, fijando sus ojos en los de Fuentes, hasta soltar una sutil sonrisa de lado, que no hizo más que aumentar la incomodidad. Se recostó ligeramente en la silla y cambió el rumbo de la conversación.

—Nada, nada. Hay que esperar el resultado de las autopsias. No queda otra. Mientras tanto... ¿Quién es el presunto asesino?

—Iván Metzler. Un empleado del viejo matadero.

— ¿Estaba en la escena del hecho cuando llegaron? ¿Cómo estaba?

Fuentes se acomodó en la silla, apoyando su brazo izquierdo en el respaldo. Resopló levemente antes de responder:

—Sí, estaba ahí. Parado y petrificado al lado de los cadáveres. Le hice un par de preguntas, pero no hubo caso. Y sigue igual desde entonces. Lo tenemos encerrado en una de las celdas.

Salazar asintió pensativamente, haciendo una ligera pausa antes de preguntar:

— ¿Sabés si este tipo tenía alguna relación con la familia?

—No. Pero el segundo enigma puede ser que responda a tu pregunta.

Fuentes se giró hacia la derecha y sacó del bolsillo interno de su abrigo, que colgaba del respaldo de su silla, un objeto metálico que dejó sobre la mesa. Salazar lo tomó y lo examinó con detenimiento. Era un amuleto negro, perfectamente circular, apenas más grande que la palma de su mano y de unos cinco centímetros de grosor. Ambas caras estaban cubiertas de grabados arcanos: líneas rectas con terminaciones onduladas que le conferían una apariencia inquietantemente siniestra. En el centro de cada lado se repetía el mismo símbolo: un triángulo con un ojo en su interior, rodeado por dos círculos concéntricos.

—Metzler lo tenía en la mano —dijo Fuentes—. ¿Tenés idea de qué es?

Salazar continuó examinando el objeto.

—No. Pero el símbolo me resulta familiar. Y está claro que esta cosa es la clave del siniestro. —Dejó el amuleto sobre la mesa y alzó la mirada—. ¿Hay posibilidad de hablar con este tipo?

—Sí... si tenés la paciencia para intentarlo.

Ambos salieron de la oficina y avanzaron por los estrechos pasillos de la comisaría. Las luces blancas, algunas titilantes, proyectaban un resplandor irregular sobre las paredes grises y despintadas. Al llegar al pabellón, Fuentes se detuvo ante una pequeña puerta de metal, que crujió al abrirse. Dentro, tres celdas alineadas. Solo una estaba ocupada. Iván Metzler seguía en la misma postura en la que lo habían dejado horas antes: completamente inmóvil.

Fuentes introdujo la llave en la cerradura y abrió la celda. Ambos entraron en el espacio sombrío, de paredes altas y húmedas, con el revoque desprendiéndose en algunos puntos. La única luz provenía del exterior, filtrándose a través de una pequeña ventana de unos cincuenta centímetros, ubicada a quince metros en la pared sur. A la izquierda, una cama de concreto con un colchón rancio y mohoso. A la derecha, un inodoro desgastado, con manchas de moho creciendo en las esquinas.

Metzler estaba sentado sobre el colchón, con la espalda recta y la mirada fija en la pared de enfrente. Su cuerpo parecía tenso, pero inmóvil. Ni un parpadeo ni el más mínimo cambio en su expresión delataron que había notado la presencia de los dos hombres al entrar en la celda.

— ¿Vos estás seguro? A mí me parece que es al pedo —dijo Fuentes, con escepticismo.

—Vamos a ver.

Salazar lo observó con una mirada fría y meticulosa antes de acercarse lentamente. No había prisa en su expresión, pero su postura era decisiva. Una vez frente a él, recorrió su figura con la vista, desmenuzando cada detalle: hombre de entre 50 y 55 años, con el rostro curtido por el trabajo duro y una vida probablemente rural; piel naturalmente negra, pero extrañamente pálida; barba tupida, desproporcionada en comparación con la ausencia de cabello en su cabeza.

— ¿Hace cuánto está así? —preguntó sin apartar la vista de Metzler.

—Desde que lo trajimos, hace unas cuatro o cinco horas.

Salazar se irguió y se volvió hacia Fuentes con una expresión imperturbable.

—Este tipo está muerto, Fuentes.

—Me estás cargando.

Salazar volvió a girarse hacia Metzler y, con voz grave y seria, señaló:

—Mirale los ojos. Están opacos y no reaccionan. La piel es demasiado pálida para alguien de su complexión. Sin mencionar que tampoco está respirando... Detalles simples que indican que está muerto. Y debe llevar varias horas así.

Fuentes frunció el ceño, aún escéptico, como si le costara procesar lo que escuchaba.

— ¿Cuántas suponés?

—Más de cuatro o cinco.

—Ahora sí me estás cargando.

Salazar negó lentamente, sin alterar su expresión.

—Llamá al forense.

Fuentes abandonó la celda y avanzó con paso decidido hacia su oficina. El titilar de las luces en el pasillo parecía acentuar la inquietud ante la extraña situación. La expresión de su viejo amigo, siempre seria y fría, junto a su escaso sentido del humor —no solo en esta, sino en cualquier circunstancia— oprimía su mente con el peso de sus hipótesis, que invariablemente resultaban acertadas. Y fuera lo que fuera lo que estuviera sospechando en ese momento, la respuesta no tardaría en llegar... y seguramente sería perturbadora.

Entró a la oficina y fue directo al teléfono. Marcó el número y, tras unos segundos de espera, una voz joven, femenina y profesional respondió:

—Hospital Zonal Esquel, buenos días. ¿En qué podemos servirle?

—Estela, ¿cómo estás? Fuentes te habla.

—Oh, hola, comisario. Muy bien, ¿y usted?

—Bien, bien —respondió con prisa—. Escucháme, ¿me podés pasar con Hernández? Es urgente.

—Sí, por supuesto. Aguarde un momento —respondió Estela al instante.

La línea quedó en silencio durante unos segundos hasta que una voz masculina, aguda y rasposa, irrumpió:

— ¿Hola? ¿Comisario?

— ¡Hernández! Necesito que te vengas a la comisaría lo más rápido posible. Tenemos una situación... bastante rara.

— ¿Qué pasó? ¿Podrías darme algún detalle?

—Mejor vení. Tenés que verlo por vos mismo. No te lo puedo explicar por acá. Estamos en el pabellón.

—Entiendo. En breve estoy ahí.

Media hora después de la llamada, el pasillo del pabellón permanecía en un silencio denso, interrumpido solo por las zancadas cortas del Dr. Hernández acercándose a la celda. A sus 61 años, se desplazaba con una ligera rigidez, pero con nerviosismo y energía. Su figura, petiza y delgada, reflejaba una combinación de vitalidad y meticulosidad. El cabello rubio y desordenado caía sobre su frente, mientras que sus ojos celestes, casi pálidos, brillaban detrás de unas gafas de marco grueso, dando a su rostro lampiño y casi sin arrugas un aire peculiar.

Cuando Hernández llegó, Salazar y Fuentes ya habían colocado el cadáver de Iván Metzler sobre una mesa metálica, que había sido arrastrada hasta el centro de la celda. Ante la falta de luz, pusieron una lámpara sobre una caja encima de una silla, iluminando directamente el cuerpo. Hernández se acercó sin prisa, se desinfectó las manos y, tras ponerse unos guantes de látex que crujieron al estirarlos sobre sus dedos largos y huesudos, detuvo brevemente su mirada en el cadáver. Luego, procedió a abrirle la camisa, dejando al descubierto su torso.

—Miren esto —dijo con su voz aguda, rasposa y desagradable, señalando las manchas moradas en la piel del cadáver—. Livideces post mortem. Y dado su avance... lleva varias horas muerto.

—¿Cuánto más o menos? —preguntó Fuentes.

—Ocho a doce, mínimo —respondió Hernández con seguridad—. Teniendo eso en cuenta, es totalmente antinatural que el sujeto haya venido caminando hasta acá.

—Sé que cuesta creerlo, pero... es lo que pasó.

—Dije "antinatural", no que no le creyera, comisario.

—¿Por qué mejor no lo estudiamos? —propuso Salazar.

Hernández lo miró fijamente, con una leve sonrisa curvando sus labios finos.

—Usted es curioso igual que yo, detective —dijo, y en un giro más directo, su mirada se centró en los dos hombres—. Vayan a la morgue esta tarde. Voy a mostrarles algo; tiene que ver con los otros cuerpos. Créanme, les va a interesar.

[EL CASO ESTÁ LEJOS DE TERMINAR - SIGA LA INVESTIGACIÓN AQUÍ](#)